

MORIR COMO UN ELEFANTE

Por fin la paz ya ha llegado. Ha sido la providencia que, como cigüeña, ha traído a mi casa el hijo de la reconciliación con la vida. Poco me queda ya de existencia. Dios siempre cumple sus promesas y a mí, en cierto momento, en el que más que nunca el sufrimiento me devanaba la tapa de los sesos, me hizo saber que, cuando llegase al fin de mis días, antes habría una luna de miel en donde la mirada de Dios lamería con su lengua de fuego las descarnadas y sanguinolentas heridas de mi existir. En estos meses me dispongo a iniciar el camino hacia el cementerio de elefantes, pues he de morir como un elefante, sereno y consciente de que su vida se agota porque ya todo cobra sentido. Lentamente, cuando antes había prisas, ando por la ciudad gozando de una paz interior que prescinde de la mirada de los otros, de la tan temida mirada de los del bando de la uniformidad. Ahora solo en mi mente reina mi esposo Cristo y mi amada María, con su Rosario vespertino. María, como si de unas bodas de Caná se tratase, pide a su hijo que las lenguas viperinas de la pequeña ciudad de provincias descansen por fin entre los huesos del cementerio de elefantes. El cobarde del demonio se ha esfumado. Don Benito dice que es un perro que, si se le ata en corto, nada nos puede hacer.